

DEVOCIÓN POPULAR Y CONVULSIÓN SOCIAL EN LA VALENCIA DEL SEISCIENTOS

EL INTENTO DE BEATIFICACIÓN DE FRANCISCO JERÓNIMO SIMÓ¹

Emilio Callado Estela

Universitat de València

JAMÁS pudo imaginar mosén Francisco Jerónimo Simó, beneficiado de la parroquia de San Andrés de Valencia, la extraordinaria polvareda que su prematuro fallecimiento iba a levantar; ni mucho menos los ríos de tinta que su nombre, su figura y su memoria generaron. Hasta ahora los estudios sobre este fenómeno habían quedado circunscritos a determinados aspectos. Fundamentalmente a la espiritualidad de Simó. Las interpretaciones sobre su religiosidad han sido de lo más variadas: desde cabecilla de un importante foco prequietista valenciano o anécdota espiritual creada por fray Antonio Sobrino hasta exponente destacado de la mística auténtica, lo cierto es que la polémica suscitada por la espiritualidad simoniana todavía sigue abierta. En menor medida, algunos autores abordaron problemas concretos relacionados con el intento de beatificación y la santidad frustrada del beneficiado, si bien prácticamente no superaron la barrera cronológica de 1619. Buena parte de estos trabajos dibujaron a Francisco Jerónimo Simó como un clérigo mediocre, intelectual y religiosamente, oscuro, anónimo y completamente desconocido. Esta imagen sesgada estuvo determinada por la escasa utilización de fuentes documentales y la excesiva potenciación de algunas de ellas, como fue el caso de la biografía del beneficiado compuesta por el dominico fray Juan Gavastón, una obra descaradamente parcial, subjetiva y partidista que consiguió su objetivo: distorsionar la figura de Simó y desacreditarla.

La gran variedad de fuentes documentales empleadas en nuestra investigación nos ha permitido perfilar una nueva imagen del clérigo andresiano, algo distinta a la tradicional, que hace caer por su propio peso ciertas premisas formuladas antaño precipitadamente. Respecto al pesado lastre de la mediocridad, algunos hechos la contradicen. Nacido en una humilde fami-

¹ En este trabajo presentamos algunas de las conclusiones de nuestra Tesis de Licenciatura, leída en julio de 1998 en la Facultat de Geografia i Història de la Universitat de València, dirigida por la doctora Amparo Felipo Orts. La investigación ha sido realizada disfrutando de una beca del Ministerio de Educación y Cultura.

lia, tras la temprana desaparición de sus padres, Francisco Jerónimo Simó, huérfano y con apenas nueve años, se vio obligado a vagar por numerosas casas trabajando como sirviente para poder sobrevivir. Sin duda alguna fue la dilatada estancia en casa del doctor Juan Pérez la que más honda huella dejó en el futuro beneficiado. El ambiente que respiró en ella fue decisivo para su posterior trayectoria. Allí fue donde Simó comenzó a presentar los primeros síntomas de su vocación religiosa.

Pero si la estancia de Simó en casa del doctor Pérez, donde permaneció por espacio de once años, fue fundamental, lo fue principalmente por las relaciones forjadas en ella. Allí se celebraban a menudo concurridas tertulias en las que se daban cita personajes de la más diversa condición social: miembros de la jerarquía eclesiástica, como el obispo de Marruecos, Tomás de Espinosa; figuras destacadas del mundo espiritual valenciano, como fray Antonio Sobrino o las beatas Francisca Llopis e Inés Medina de Falcó; notables nombres del franciscanismo descalzo, como fray Juan Ximénez, y del jesuitismo, como el padre Miguel de Fuentes; nobles, como don Jerónimo Núñez; catedráticos y profesores universitarios, como Pedro Juan Trilles o el pavorde Villafranca... Tan sólo el estudio exhaustivo del *Proceso de Beatificación*, conservado en el Archivo Diocesano de Valencia, ha posibilitado sacar a la luz esta galaxia poblada de interesantes figuras que acudían a casa de Juan Pérez para consultarle *negocios de ciencia y de conciencia*; las reuniones eran casi cotidianas y los temas de conversación de lo más diversos. El joven Francisco Jerónimo comenzó leyendo a los asistentes sus pueriles composiciones y acabó incorporándose a este círculo que sobrevivió a la muerte de su anfitrión...

Tampoco casa la supuesta mediocridad intelectual del beneficiado de San Andrés con su interés por el estudio. En la Universidad de Valencia cursó Teología, Retórica, Lógica, Prosodia, Latín, Griego y Hebreo de la mano de los más sobresalientes profesores de la época. No se graduó, aunque todo parece indicar que sacó provecho de las enseñanzas. Simó no sólo pasó por las aulas del *Estudi General* sino que dejó en ellas su personal impronta, entablando numerosas relaciones con compañeros, que a menudo acudían a su casa a consultarle dudas, y profesores, muchos de los cuales lo consideraban un alumno ejemplar. A Francisco Jerónimo Simó se le atribuyen también algunas obras que, además de contribuir a difuminar la sombra de la mediocridad, esbozan su particular forma de entender la religiosidad. Poco sabemos sobre *De Trinitate*, no así de otros de sus escritos. Nos referimos a sus breves *Liras Espirituales* pero, sobre todo, a la no mucho más amplia *Dotrina Espiritual*, incluida por Melquiades Andrés en un catálogo de mil doscientas obras destacables de la mística española. Simó contestaba en ella a las dudas teóricamente planteadas por una anónima religiosa descalza, ocasión aprovechada para trazar algunas pinceladas de su religiosidad. De su lectura se desprende el interés del beneficiado por una espiritua-

lidad interior; de ahí se entiende que prefiriera ser un contemplativo dedicado a sus prácticas ascéticas, con cierta tendencia mística, que predicar o confesar a sus semejantes.

Si todos estos aspectos eran ignorados por aquellos autores que sostuvieron la mediocridad del sacerdote, ¿en qué se basaron entonces para formular su juicio...? No queremos decir que Francisco Jerónimo Simó fuera un erudito, ni mucho menos, pero argumentos como los expuestos hasta ahora no permiten seguir sosteniendo su nulo nivel intelectual y religioso. Y lo mismo podríamos decir respecto a su fama. El beneficiado no era desconocido, desde luego, para los miembros de su entorno religioso-intelectual; pero tampoco para otros muchos valencianos que en alguna ocasión habían oído hablar de sus supuestas virtudes o que incluso habían sido testigos de sus costumbres, como el recorrido de los viernes por la *volta dels sentenciats*. Las gentes pudieron comenzar a quedar prendadas de la religiosidad que rezumaba aquel muchacho que había alcanzado un modesto beneficio en la parroquia de San Andrés... De todos modos, la mejor demostración de que Francisco Jerónimo Simó no era un absoluto desconocido sería la espectacular reacción que se produjo inmediatamente después de su fallecimiento el 25 de abril de 1612. La desmesurada movilización de todas las parroquias de la ciudad, otras muchas del reino y algunos conventos para dar el último adiós a Simó no se explicaría en el caso de un sacerdote oscuro y anónimo. Ni mucho menos la auténtica explosión de escritos e impresos que desde 1612 y hasta 1614 inundaron las calles y librerías valencianas; entre ellos las obras atribuidas al nuevo *santo*, que contaron con una ingente demanda; las *Vidas* de Simó, cuya proliferación obedeció al interés por proyectar una determinada imagen del beneficiado; las no menos abundantes relaciones de la multitudinarias honras o las breves composiciones poéticas, así como también las numerosas estampas religiosas que impulsaron la nueva devoción y se convirtieron en estandarte y elemento reivindicativo de los simonistas, como se puso de relieve en las manifestaciones de júbilo popular, algaradas, procesiones... donde siempre estuvieron presentes.

Francisco Jerónimo Simó no fue pues un engendro creado por fray Antonio Sobrino. Si el beneficiado era conocido antes de su fallecimiento mucho más lo fue después. Su inmediata elevación a los altares de la conciencia popular fue todo menos fortuita. El estudio de una documentación abundante y variada nos ha revelado que la desaparición de Simó fue el punto de partida del *simonismo*, o, lo que es lo mismo, la movilización de un amplio y heterogéneo grupo de personas cuyo fin era conseguir su santidad. Diversos sectores, con muy distintos intereses, estuvieron detrás de la monstruosa fama alcanzada por la memoria de un humilde clérigo en un plazo de tiempo relativamente corto. Principalmente el concurrido círculo religioso-intelectual en el que se desenvolvió el clérigo andresiano: la ines-

perada resonancia de la muerte en opinión de santidad de su compañero hizo acariciar a sus miembros la posibilidad de llevar hasta los altares a uno de los suyos, lo que significaría reconocimiento y prestigio para el grupo; aspiraciones espirituales y una humana vanagloria personal presidieron sus maniobras.

Igualmente la muerte de Simó despertó el ingenio de los clérigos de San Andrés. Al honor que supondría contar con un clérigo de la parroquia entre los santos valencianos, se unieron otras razones que les llevaron a actuar con rapidez. El triste panorama de una iglesia semiderruida fue su motor; canalizar los donativos y limosnas de los cada vez más numerosos devotos para su reconstrucción, su objetivo; de hecho, en septiembre de 1614 las obras de restauración del templo de San Andrés estaban ya concluidas. Al *simonismo* se unieron también las abultadas filas del clero secular, que apenas contaba en Valencia con santo alguno; para muchos sectores eclesiásticos, como ya apuntó Pons Fuster, la desaparición del beneficiado abrió las puertas a la revancha frente a los frailes, que se vanagloriaban de tantos santos como tenían. Ahora había llegado el momento de resarcirse. La desaparición del beneficiado y su estruendoso eco fue aprovechada, en fin, para intentar contener la gran expansión de las órdenes religiosas —reflejada en la constante fundación de nuevos conventos— que tanto poder tenían en Valencia.

Por su parte, las clases populares, tan acostumbradas a participar apasionadamente en episodios de este tipo, se dejaron envolver en la red tejida por estos grupos. Agricultores, pescadores, pintores, bordadores, veleros, plateros, etc., todos se lanzaron a la calle, acudiendo en tropel a ver el cuerpo del difunto sacerdote y a disfrutar de sus primeros milagros, a presentarle sus ofrendas y a vitorearlo y a aclamarlo como *santo*. No muy distinta fue la actitud de otros sectores no comprendidos dentro de las clases populares, como nobles, ciudadanos, mercaderes, estudiantes...

Más importante y decisiva sería la actuación de las autoridades civiles y de las instituciones para la ulterior evolución de los acontecimientos. No sólo permitieron la introducción, el desarrollo y la consolidación del culto simoniano sino que participaron activamente en él y fueron los responsables de que la llama de la esperanza simonista se mantuviera encendida durante muchos años. Así, cabildo, Ciudad y estamentos del Reino hicieron suya la causa de beatificación, ratificando con ello su apoyo total al *simonismo*. El cabildo fue el primero en reaccionar. Su adhesión al *simonismo* se hizo patente en un primer momento con la impresión de numerosos escritos sobre el clérigo andresiano, el envío de retratos suyos al papa, a Felipe III y al duque de Lerma y la erección de una capilla en la seo dedicada a su memoria, lo que supuso un considerable desembolso económico. Tras la llegada del nuevo arzobispo, Isidoro Aliaga, el decidido apoyo del cabildo a la causa se convirtió en el origen de un largo conflicto que mantuvo con el

prelado, que emprendió una vehemente campaña contra algunos de sus miembros.

Por su parte, la Ciudad y, fundamentalmente, los estamentos del Reino crearon y mantuvieron la maquinaria organizativa que durante poco menos de una centuria sustentaría la causa de beatificación. Aunque la primera la apoyó con vigor, sobre todo al principio, fueron los segundos los que tempranamente declararon *cas inopinat* la beatificación del beneficiado, asignando una cantidad económica para los gastos que ésta pudiera ocasionar. Desde entonces, y a lo largo de casi un siglo, adoptaron todas las medidas necesarias para seguir adelante con la empresa e intentar llevarla a buen puerto. Los tres sabrían aprovechar hábilmente las simpatías que la nueva devoción despertaba en el virrey, marqués de Caracena —que confesó a Felipe III su afecto por la figura de Simó pocos días después de su fallecimiento—, algunos ministros de la Real Audiencia o destacados miembros del Consejo de Aragón —entre ellos su vicescanciller, Andrés Roig.

Así pues, con un sustrato social muchísimo más heterogéneo que el de otros aspirantes a la santidad, el *simonismo* —cuyo éxito social fue total— echó a andar de la mano de estos grupos de intereses, que comenzaron su empresa organizando una gran campaña de difusión de la memoria de su venerado y continuaron su cometido poniendo en marcha el proceso de beatificación, acudiendo al vicario general sede vacante para solicitar el inicio del mismo.

La proximidad de la santidad parecía posible gracias a dos hechos. Por un lado la situación de sede vacante por la que atravesaba la diócesis valenciana. Ello explicaría la extraordinaria celeridad que caracterizó los primeros tiempos del *simonismo*. Celeridad en la propagación de la nueva santidad, que se difundió no sólo por todo el reino de Valencia, sino por otros muchos lugares de la Monarquía Hispánica; en las manifestaciones de devoción popular (como se vio en la propagación de las imágenes del beneficiado, la celebración de su natalicio y óbito, el concurrido recorrido de la *volta dels sentenciats* o el paseo hasta la *font dels barreters*); pero sobre todo en el inicio de los trámites de la beatificación. El tiempo apremiaba. La incertidumbre sobre la actitud que tomaría el arzobispo electo Isidoro Aliaga imprimió a los acontecimientos un ritmo frenético. Por otro lado, la causa se Simó contó con el favor de algunos círculos de la corte y del Consejo de Aragón, acaudillados por don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma y marqués de Dénia —“*valedor y favorecedor secreto de mosén Simón*”, en palabras del dominico Gavastón—, que compartió con sus paisanos la pasión por el de San Andrés; Lerma no sólo buscó atraer hacia el *simonismo* a ilustres personajes de la talla de Bernardo de Rojas, Inquisidor general, sino que se marcó como objetivo fundamental contagiar la nueva devoción al pío y abúllico Felipe III. Fue así como el *si-*

monismo se introdujo en las pugnas cortesanas entre facciones políticas enfrentadas, uniéndose su destino, irremediablemente, a la incierta suerte de las mismas.

Pero lo que parecía una imparable marcha a los altares pronto se convirtió en un sinuoso sendero empedrado de obstáculos. Las primeras voces críticas no fueron mucho menos inmediatas que la precipitada celebración de la *santidad* de Simó. Sobre todo las de los dominicos, que se convirtieron en el grueso de la oposición al nuevo *santo*; para ellos, sus seguidores cometían graves excesos y rozaban peligrosamente la heterodoxia. El fantasma del miedo les invadió: miedo al luteranismo y al calvinismo de grupos como los ya lejanos de Valladolid y Sevilla y a los brotes de alumbra-dismo, como señaló Melquíades Andrés. Cancerberos de la ortodoxia, su postura fue incapaz de ocultar otro recelo que también les desvelaba: la pérdida de protagonismo, y por tanto de ingresos procedentes de las limosnas populares. Los catastróficos efectos que ello podría tener en sus arcas y, de manera especial en los procesos de beatificación de sus hermanos fallecidos con fama de santos, les llevó a medir con muy diferente rasero la veneración que ellos mismos rendían a sus compañeros muertos en estas circunstancias y la que se tributaba al beneficiado de San Andrés. Así, emprendieron una campaña de descrédito contra el *simonismo*. Su máximo exponente fue el ácido y corrosivo dominico fray Juan Gavastón. En esta situación un nuevo jugador entró en la partida: el arzobispo Isidoro Aliaga. Su llegada a Valencia coincidió con el ruidoso estallido de las pasiones encendidas por la memoria de Simó. El prelado aguardaba en El Villar a entrar solemnemente en Valencia. Detractores y devotos simonistas, que querían ganarlo para su causa a toda costa, convirtieron El Villar en el ajetreado escenario de una complicada tramoya donde unos y otros representaron diferentes maniobras para conseguir su apoyo.

Poco después apareció el fantasma de los edictos de reforma sobre el recién nacido culto simoniano, lo que provocó el primer estallido popular el día de la Magdalena de 1612. Tras el bulo de los edictos pudo estar el arzobispo, queriendo tantear el terreno en vistas a una futura reformación, o los mismos simonistas, que con su alarde de fuerza advertían a Isidoro Aliaga de lo que ocurriría en caso de que se innovara cualquier aspecto del culto simoniano. La pasión popular volvió a desbordarse durante la celebración de la festividad del beato Luis Bertrán y en otros muchos episodios menores.

Cuando el arzobispo entró finalmente en Valencia, comprobó por sí mismo los alterados ánimos que la sacudían. El corazón del prelado estaba con su hábito, pero plantar cara al *simonismo* —una espiritualidad de espectro contemplativo que era ajena a su formación— significaba declarar la guerra abierta a buena parte de su grey. Su intención de convertirse en el fiel de una desequilibrada balanza no tenía cabida en un tablero en el que,

aparentemente, sólo había dos bandos: simonistas y antisimonistas. El estre-pitoso fracaso de su propuesta de convocar una junta de teólogos encargada de tratar los problemas suscitados por el culto a Simó lo demostró claramente. La solidaridad a su hábito finalmente lo traicionó, pasando a enarbolar la bandera del *antisimonismo* bajo la protección de su poderoso hermano, el confesor regio fray Luis Aliaga.

Con todo, la causa de beatificación vivió entre 1612 y 1613 auténticos días de gloria. En Madrid y Roma se multiplicaban las adhesiones a la misma. Isidoro Aliaga eligió este momento para asestar una grave estocada al *simonismo*. En julio de 1613 envió un extenso *Memorial* a Paulo V denunciando los supuestos graves excesos cometidos por los devotos del beneficiado. Desde entonces ya nada fue igual. La respuesta simonista tardó mucho en llegar y jamás logró aplacar el gran daño provocado por el *Memorial*. De momento, ajenos por completo a las maniobras del prelado, los simonistas celebraron por todo lo alto la conclusión del proceso con las informaciones y testimonios sobre la vida y muerte de Francisco Jerónimo Simó, que en septiembre de 1613 fue presentado al papa, siendo posteriormente remitido a la Congregación de Ritos. La santidad de Simó nunca estuvo tan cerca...

Con el proceso en la Congregación de Ritos se inició también un momento delicado para la causa. Isidoro Aliaga dejó Valencia y partió a la corte, donde permaneció por espacio de año y medio poniendo todo su empeño en acabar con el *simonismo*. El arzobispo contaba para ello con la inestimable protección de su hermano, fray Luis Aliaga, y la de otros influyentes personajes de la corte. Los primeros negros nubarrones aparecieron en el horizonte de la causa; a ello contribuyó de manera considerable la denuncia presentada a Paulo V por el prelado valentino. Fue entonces cuando la Inquisición tomó cartas en el asunto, iniciando la búsqueda de los graves excesos que supuestamente cometían los simonistas y planteándose su inmediata erradicación.

El clima se iría calentando progresivamente a medida que las noticias de los enfrentamientos producidos diariamente en Valencia llegaran a la corte y a Roma, minando lenta y letalmente la causa. A raíz de ello, Felipe III, a pesar de su manifiesta simpatía hacia el *simonismo*, comenzó a plantearse la necesidad de reformar la devoción al beneficiado con el fin de atajar las continuas escaramuzas entre ambos bandos en tanto el proceso de beatificación seguía su curso en Roma. Fray Luis Aliaga, desde el confesionario alentó la reforma; el duque de Lerma, cuya sombra planeaba sobre el Inquisidor general, Bernardo de Rojas, consiguió mantener a raya a la Inquisición —con una actuación que en líneas generales no pasó de ser meramente testimonial— y contener la publicación de unos edictos de reformación que los antisimonistas, y a su cabeza el arzobispo de Valencia, pedían a gritos. El fantasma de la reforma planeaba ya sobre el *simonismo*.

Mientras tanto, en Roma el proceso era examinado en la Congregación de Ritos, planteándose la posibilidad de conceder letras remisoriales. Pero los éxitos cosechados por la causa se vieron empañados por los enfrentamientos que se reproducían en todas las esquinas de la ciudad del Turia, poniendo de manifiesto el antagonismo irreconciliable entre dos bandos dispuestos a todo con tal de garantizar sus contrarios intereses. La inflexible actitud de ambas partes inclinó a Felipe III a exigir la reforma del culto del beneficiado de San Andrés. El miedo se apoderó de los simonistas y la tensión de las calles de Valencia. Desde 1614 y hasta marzo de 1619 la obsesión de los devotos de Simó fue detener la reforma. Su fracaso estaba escrito de antemano.

Cuando en 1618 se produjo la anunciada caída de don Francisco de Sandoval y Rojas, seguida de la casi inmediata muerte del Inquisidor general y arzobispo de Toledo, Bernardo de Rojas, y la elevación a la cúspide del Santo Tribunal de fray Luis Aliaga, la reforma se hizo realidad y con ella los nefastos augurios que sus posibles consecuencias hacían presagiar. 1619 fue un año crucial para la causa de Francisco Jerónimo Simó. Antisimonistas y simonistas jugarían sus últimas bazas en una corte sacudida por los encontronazos entre facciones contrarias. Los primeros contaban con su paladín, Isidoro Aliaga, desplazado hasta aquélla para apoyar junto a su hermano el edicto que por orden del sumo pontífice habría de despachar la Inquisición. Tras sus pasos, los segundos enviaron a Baltasar Vidal de Blanes, con el difícil cometido de neutralizarlo. Los esfuerzos del embajador resultaron en vano. Todo estaba ya decidido. Los Aliaga habían ganado la batalla en la corte. Los edictos que el fallecido Inquisidor general, Bernardo de Rojas, había logrado contener a lo largo de su mandato a instancia del duque de Lerma por fin serían publicados.

La escandalosa explosión popular provocada por la lectura de los edictos de marzo de 1619 pesó como una losa sobre una causa que, estancada, había comenzado su declinar. La marcha imparabla a los altares se detuvo bruscamente. El impacto de los edictos de reforma, el lastre de los altercados de marzo, el inevitable cansancio y una nueva generación de simonistas hicieron que 1619 marcara un antes y un después en la causa del beneficiado. El *simonismo* parecía haber hecho saltar en pedazos la estabilidad en Valencia. Los últimos acontecimientos habían ensanchado peligrosamente la brecha existente entre determinados sectores de la sociedad valenciana y algunas órdenes religiosas. Los frailes, particularmente los dominicos, no contentos con la victoria que había supuesto el espaldarazo del rey y la Inquisición a sus tesis, fueron mucho más allá, queriendo acabar con todo vestigio simonista. La animadversión contra los religiosos, acrecentada si cabe por el golpe fatal de los edictos de marzo, se desbordó. El estamento militar, secundado por la Ciudad, se dispuso a castigar y escarmentar la actitud de los frailes poniendo en mar-

cha una *caza* contra la orden de santo Domingo. El nuevo enfrentamiento, agravado por cuestiones de preeminencias entre el virrey y los nobles valencianos, se convirtió en un inesperado punto de fricción entre el poder central y el Reino.

Mientras los ecos del motín continuaban resonando peligrosamente en Valencia, Madrid y Roma, la Inquisición —dirigida con mano férrea por el hermano del arzobispo de Valencia— buscaba castigar a sus principales responsables y exigía el estricto cumplimiento de los edictos. Los simonistas, desesperados, arremetieron con todas sus fuerzas contra los hermanos Aliaga, acusándolos de los males que se abatían sobre su causa. La muerte de Felipe III en marzo de 1621 arrastró a la corte por la pendiente de las luchas intestinas. El empeño de los personajes del nuevo reinado se centró en pulverizar el recuerdo de los principales consejeros y servidores del reinado anterior, con la intención de que les quedase expedito el poder. Su objetivo principal: acabar con fray Luis Aliaga. La caída en desgracia del hermano del arzobispo de Valencia fue acogida con extraordinario entusiasmo por los seguidores del clérigo andresiano. La designación como nuevo Inquisidor general de Andrés Pacheco —pariente del marqués de Caracena, simpatizante del beneficiado— y el favor del todopoderoso don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares —en cuyo círculo supo introducirse el embajador del Reino, Baltasar Vidal de Blanes—, levantó el ánimo de los simonistas, pero no la suerte de la causa, que estaba echada desde hacía tiempo.

La suma de algunos otros hechos condujeron al fracaso total. Entre ellos el estado económico de la causa, convertida en un saco sin fondo que engullía dinero a raudales. Muy pronto las primeras cantidades consignadas a la beatificación de Simó fueron sobrepasadas con creces: gastos burocráticos, salarios, ayudas de costa a los embajadores, letras, préstamos... las previsiones económicas acabaron desbordándose por completo. La extrema necesidad impuso el recurso a otros medios que garantizaran la obtención de unos ingresos capaces de financiar la causa. Los donativos y colectas, más que un respiro, supusieron una fuente de problemas, como se puso de manifiesto en la década de los veinte. Los roces entre los estamentos y la Diputación, la oposición del arzobispo de Valencia, el recelo de las órdenes mendicantes a perder ingresos, los procesos de beatificación de otros personajes y una difícil coyuntura económica habían puesto en jaque las cuentas de la causa.

También la campaña de descrédito contra el *simonismo* tuvo su parte de culpa. Pero el daño de los informes y memoriales que contra Simó, su memoria y sus seguidores continuaron llegando a San Pedro fue leve en comparación al efecto de los decretos de regulación de los procesos de beatificación de 1625 y 1628: a partir de entonces, hasta transcurrido medio siglo del fallecimiento de una persona muerta en opinión de santidad, su beatificación no podría introducirse en la Congregación de Ritos, lo que

obligó a los simonistas a emprender una larga travesía por el desierto. A pesar de que los fatídicos decretos paralizaron momentáneamente la beatificación de Simó, la maquinaria creada poco tiempo después de su fallecimiento para catapultarlo hasta los altares continuó en pie y funcionando, revelando la tenacidad de unos hombres y la resistencia y continuismo de una organización creada para conseguir una santidad que, cada vez, se alejaba más...

Tras despertar de su letargo, una vez cumplido el plazo estipulado por la Santa Sede, los estamentos del Reino encargaron la moribunda causa a Miguel de Molinos. El escenario del juego de intereses e influencias que hasta este momento se había librado simultáneamente en la corte y en Valencia se desplazó entonces a Roma. El sacerdote aragonés pronto tomó consciencia de la enrevesada maraña burocrática que impediría cualquier progreso. El principal obstáculo al que Molinos hubo de hacer frente no fue sino la intransigente actitud de la Inquisición romana, que cercenaba toda expectativa de avance. Los esfuerzos del agente se centraron en sacar la causa de la Congregación de la Inquisición, donde el anterior embajador había dejado olvidada cuando se dispuso su traslado a la Congregación de Ritos. De poco sirvió el tenaz empeño de Molinos por conseguir que se le comunicaran las dudas que impedían el traslado de los expedientes de una a otra Congregación. La razón del estancamiento del proceso en la Sacra Congregación de la Inquisición estribaba, según el propio Miguel de Molinos, en el hecho de que los cardenales Brancacho, Albrizzi y monseñor Roses, favorecedores de la causa, habían fallecido, mientras el cardenal Altieri, Casanate y monseñor Botini, quienes más se habían opuesto a ella, todavía vivían. La causa estaba sola y desamparada. En Roma no había ya embajador ni cardenal ni persona en el Santo Oficio que pudiera o quisiera defenderla. Sin embargo detractores y contradictores sí los había... muchos y poderosos.

Tal vez lo mejor era dejar pasar el tiempo y esperar a una coyuntura más propicia que permitiera reimpulsar la causa. Quizá por ello el agente comenzó a desatender el asunto que le había llevado a la Ciudad Eterna para frecuentar cada vez más la cofradía de la Escuela de Cristo en la *Via della Vite*. Las relaciones entre Molinos y el Reino se introdujeron entonces en una espiral de desentendimiento. El aragonés acabó convirtiéndose en el chivo expiatorio de un rotundo fracaso, el de la santidad de Francisco Jerónimo Simó, cuando él había tenido muy poco que ver en tan desafortunado resultado. Finalmente, los avatares personales de Miguel de Molinos, condenado en 1685 por la Inquisición romana bajo el estigma del quietismo, le convirtieron en el Caronte de los simonistas, dirigiendo la nave de la beatificación hacia el abismo.

Sin embargo, el hundimiento de Molinos no fue sino otro de los sucesivos y mortales golpes que se encargaron de sentenciar tan lamentables des-

tino: la demoledora campaña de descrédito emprendida por los dominicos, la oposición de los hermanos Aliaga, la losa del motín de marzo de 1619, la reforma del culto simoniano, los edictos de regulación de los procesos de beatificación, la asfixia provocada por unas cuentas al borde del colapso, el estancamiento de la causa en la Inquisición romana... Y finalmente el tiro de gracia: la dramática desarticulación del régimen foral valenciano que eliminó de un plumazo a los estamentos del Reino, que durante casi una centuria habían sostenido una pesada maquinaria creada para conseguir la santidad del beneficiado de San Andrés. Todo ello hizo que la causa quedara embarrancada para siempre en un abrupto acantilado.

Allí seguía a comienzos de este siglo cuando se intentó mover de nuevo y allí sigue todavía.